



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

✦ Año IV ✦ 1.º de agosto de 1891 ✦ Núm. 196 ✦



PEINADO DEL TIEMPO DE MARÍA ANTONIETA

UN RATO DE CHARLA

SE ha muerto definitivamente D. Pedro Antonio de Alarcón, como morirse había comenzado hacía ya algunos años. Creo que ha hecho bien.

Según D. Cosme Sanguijuelas, que es un Hipócrates con ribetes de literato, Alarcón no se ha muerto de un derrame seroso: *s'ha mort de fàstich*. (Conservo la frase en catalán por ser intraducible. *Fàstich* implica la idea de desdeñoso aburrimiento, de algo más que fastidio.)

Puede que tenga razón D. Cosme: Alarcón debía *fastigujarse* de lo lindo. Había incompatibilidad absoluta entre su personalidad y lo que hoy priva. Hoy están en candelero los cavadores, los ganapanes literarios, y él era un jardinero de estufa, sin perjuicio de dedicarse á veces á *leñador* con unos bríos dignos del más forzado montañés alpujarreño.

Ciertos emborronadores de papel de hoy afectaban tener en poco al autor de *La Noche Buena* por ser idealista (¡horror!), espiritualista (¡terror!) y católico (¡furor!). Aquel apartamiento de Alarcón de todo lo que hedía á Zola, de todo lo que trascendía á franchutismo, de todo lo que pertenecía á la imbécil literatura *fin de siècle*, les infundía á los faquines de tintero un desprecio olímpico, como el que pudiera sentir por Menéndez Pelayo el más ignaro mozo de biblioteca provincial.

Sí: tiene razón D. Cosme Sanguijuelas: el autor de *El escándalo* y de *El niño de la bola* se ha muerto de *fàstich*. Hay algunos otros amigos de Alarcón que no sé cómo no se mueren también de igual enfermedad. Verdad es que en vez de morirse prefieren distraerse *tomando el pelo* á los *modernistas*, como hace, verbigracia, con una incomparable finura de gran señor el escéptico de D. Juan Valera, ó bien se dedican á la gastronomía ó á la política.

Alarcón había hecho en su vida lo que jamás harán esos que hablaban de él con despreciativa mueca: había contribuido en principalísimo grado á hacer la revolución del 54 y la *gloriosa*, había peleado en Africa, pagando con su persona en el campo de batalla, y habíase portado como un caballero allá en sus mocedades batiéndose en desafío, él, muchacho inexperto en el manejo de las armas, con uno de los más temibles duelistas de Madrid,

«mientras que mis cómplices de redacción,—dice él mismo,—se lavaban las manos *ó hacían todo lo contrario de lavárselas.*»

Sin duda que, á haber querido Alarcón enredarse en polémicas

MARCELINO



1.—...iba en el entretanto consolándole y dándole sanos consejos..

con los que fingían desdeñarle, les hubiera hecho morder el polvo, pues al fin y al cabo todos los satíricos de España juntos, por más que hagan, no llegarán jamás, en asunto de causticidad, hasta donde llegó el director de *El Látigo*; pero Alarcón, cansado, prefirió callarse, en lo cual no obró bien quizás, como no obró bien (¡no, señor!) el señor D. Manuel Tamayo y Baus guardándose en el cajón las comedias que tiene escritas.

Ayuntamiento de Madrid

¡Ira de Dios, que ya es hora de que salga *algún espíritu valiente* diciendo que valían más los cuentos y las novelas de Alarcón, y que valen más las historias vulgares de Castro y Serrano, que no esos PESADÍSIMOS engendros, ora insustanciales, ora desvergonzados, ora mortalmente soporíferos, con que nos están aburriendo los padres y las madres graves de la literatura española!

Alarcón tenía singulares condiciones para ser un eminente escritor: sabía latín (¡fenomenal sabiduría en estos tiempos!), tenía vasta instrucción, era guapo y valiente, y había podido estudiar, no de oídas, sino personalmente, mucha *psicología*; poseía una imaginación admirable, atesoraba un buen gusto exquisito, y latía en él un alma noble, *aristocrática*, templada al fuego de la lucha por la vida.

Los *sabios* de hoy, que escriben una novela como quien construye un banco ó un armario; los novelistas *Singer* de estos tiempos, y los criticastros y dramaturgos de la *modernamiente*, os dirán que Alarcón es *anticuado*, cuando, al fin y al cabo, ellos no son más que Alarcones contrahechos (no confundir ahora con el autor de *La verdad sospechosa*). Alarcón es, en efecto, el que dió el patrón de eso que se llaman hoy *crónicas* ó *revistas*; fué el valiente caballero que acabó con la privativa del folletín traducido del francés; fué quien imprimió nuevo rumbo al periodismo, haciéndole ameno; fué el creador *de un estilo* y el creador *de un género*, y fué, en fin, el primer narrador de su tiempo, en un tiempo en que había mejores narradores que ahora. Cuando en Francia tienen un Alarcón, éste es universalmente respetado y se llama Merimée, y á nadie se le pasa por las mientes decir que Merimée resulta *demodée*. Por lo que á mí hace, he de manifestar que siempre que vuelvo á leer *El escándalo*, *El sombrero de tres picos*, *El niño de la bola*, *El diario de un testigo de la guerra de Africa*, las *Novelas* y *Mis novelas*, las *Poesías*, *Cosas que fueron*, *La Alpujarra*, *Amores y amorios*, etc., etc., experimento gusto, deleite, me intereso, me parece siempre nuevo, mientras que, aunque me ahorquen, vuelvo yo á leer las *obras maestras* de nuestros pesadísimos noveladores de ahora, salvo, siempre, por supuesto, honrosas excepciones.

Y otra cosa me sucede, y es que cuando leo muchas cosas de estos tiempos no puedo menos de recordar al Alarcón de *La Epoca* y de *Las Novedades*, y me digo:—¡Sin las gallinas que trajo el otro de Guádix, á buena hora leería yo eso!

Ayuntamiento de Madrid

Cerró los ojos del cadáver de Alarcón su digno amigo D. Manuel Tamayo, esa otra gloria inmaculada de las letras españolas.



2.—...fué muy bien recibido por su prima Mardalena...

Descanse en paz el noble espíritu del autor de *El escándalo*.
Siempre vuestro,

ANTOÑITO

VENECIA

Ni la mano del tiempo ni las iras de los hombres han conseguido borrar el carácter de esplendor que distingue á la reina del Adriático, siempre magnífica en medio de su latente decadencia. Es imposible no mirar con

Ayuntamiento de Madrid

éxtasis esta ciudad que parece obra de hadas, esos palacios del mar que parecen fantásticas mansiones de divinas huríes. Allí se exhala en todas partes la poesía: ésta parece impregnada en sus muros como el perfume en las flores. Venecia, reina de las artes, enclavada entre el cielo y el agua, parece no deber nada á la tierra. Esta sin par ciudad, cuyas calles tienen el mar por pavimento, y donde en vez del bullicio propio de las grandes capitales sólo se oye el monótono remar de los gondoleros, es la más silenciosa y pintoresca, é indudablemente la más interesante del sur de Europa.

Cuando el viajero se aproxima á Venecia sólo ve al principio, de frente, un largo canal y una orilla aplanada. Por el O. destácase la torre de Mestre, cuyos perfiles se definen cada vez con más claridad. Detrás, unas formas purpúreas que circuyen el horizonte parecen confundirse con el purísimo azul del cielo: son los Alpes de Bassano, descubriéndose más allá unos bastiones bajos: es el fuerte de Malghera. Una vuelta más y el canal ofrece otra perspectiva, porque se ensancha grandiosamente. A la derecha se ve una especie de muro con arcos aplanados, entre los cuales pasa el agua. Es el puente de la vía férrea lo primero que allí llama la atención. En la extremidad de esos arcos surge de las agnas una línea confusa é irregular de construcciones bajas de ladrillo que, á no estar mezcladas con muchas torrecillas, podría tomarse por el arrabal de una ciudad manufacturera; bien que lo que más llama la atención es una enorme masa de humo que, extendiéndose por la parte del norte, parece salir del campanario de un templo: es Venecia. Esta ciudad sumergida, donde los extranjeros imaginan al pronto que sólo se puede transitar en una góndola, tiene trescientos cincuenta puentes de mármol blanco ó rojo que sirven para enlazar sus estrechas callejuelas, cuyo número se eleva á unas dos mil. Este dédalo, que es preciso haber recorrido á menudo para encontrar su camino, da una circunferencia de más de 6 millas, bañada en todas partes por la laguna. Antiguamente la población contaba con más de doscientas mil almas: hoy tiene ciento veinticinco mil.

La famosa plaza de San Marcos, verdadero corazón de la ciudad, es una verdadera joya bajo el punto de vista arquitectónico: allí no se ven dos monumentos iguales, dos columnas de idéntica orden, y, sin embargo, en su conjunto resulta tan bella como grandiosa.

A cierta distancia la plaza se estrecha después de trazar un recodo, tomando por esta circunstancia el nombre de *Piazzetta* (pequeña plaza). En el centro, á derecha é izquierda, y elevándose como al acaso, cual una vegetación espléndida, vense columnas, pilares de mármol y de bronce, grupos de pórfido y estatuas, que contribuyen al efecto maravilloso de esta ciudad-museo.

Merece asimismo ser preferentemente consignada la prodigiosa iglesia de San Marcos, maravilloso conjunto de todos los tesoros del arte en todas sus épocas. En la fachada las columnas de pórfido asiático y de mármol africano de todos colores, de todas formas y tamaños, recuerdan las conquistas de Constantinopla, de Efeso y de Atenas. No es esta, por ventura, la página más

elocuente de la historia veneciana? Para un arqueólogo Venecia es la ciudad santa, el punto de peregrinación por excelencia, la tumba del Evangelio de San Marcos.

Una puerta de Santa Sofia decora la entrada de San Marcos. La famosa



3.—...llevando con frecuencia en brazos al pequeñín...

palla d'oro, de plata esmaltada, uno de los ornamentos del altar mayor, fué sacada de la iglesia de Bizancio. Vienen después las columnas de serpentina y de rojo antiguo arrebatadas al templo de Salomón, en Jerusalem, y á los palacios de Sión, de Tiro y de San Juan de Acre; los magníficos caballos de bronce dorado á los cuales atribuyen algunos un origen griego, aunque los más aseguran que en otro tiempo coronaron el arco triunfal de Nerón y después el de Trajano en el Foro Romano; y, en fin, otros mil objetos, á cual más notable y precioso, que fuera prolijo enumerar. Todo el Oriente ha pagado á Venecia una contribución voluntaria ó forzosa. Enumerar tantas riquezas sería



EL NIDO
Ayuntamiento de Madrid



Avuntamiento de Madrid
ENSEÑANZA MATERNA

contar las piedras, los mosaicos, las columnas y los frisos; sería escribir la historia misma de Venecia.

San Marcos es la capilla real de la antigua Venecia, que, desarrollándose poco á poco, debía convertirse en lo que ahora es. Según parece, la primera iglesia erigida en este sitio se construyó á principios del siglo ix, simultáneamente con el primer palacio ducal, y, habiendo recibido como reliquia el cuerpo del santo evangelista, su gloria eclipsó muy pronto á la de todos los demás templos de la ciudad. Siglo y medio después, poco más ó menos, el templo fué pasto de las llamas; pero, semejante al fénix, no tardó en renacer de sus cenizas.

Al salir de nuevo á la Piazzetta para visitar el palacio ducal, llaman altamente la atención las bandadas de palomas que van á posarse en tierra cerca de la Catedral para tomar su alimento. Según la tradición, son las descendientes de las palomas mensajeras de que se sirvió Dándolo durante el sitio de Candía, en el siglo xiii, para transmitir mensajes desde la isla y comunicar las noticias de sus triunfos á Venecia. Las descendientes de esas aves, así como las sagradas ocas de Roma, han sido mantenidas desde entonces á expensas del público, que les da su alimento cuando la campana de la Torre del Reloj toca las dos de la tarde.

Nada más imponente que el aspecto del *palazzo ducale*: sus altos muros, sus ventanas estrechas y escasas, que nada dejan ver del interior, recuerdan al punto los serrallos de Oriente. De forma cuadrangular, uno de sus lados se apoya en la iglesia, mientras que los otros tres tienen su fachada á la Piazzetta, al mar y, por último, á las prisiones, con las cuales está enlazado el palacio por medio del terrible puente de los Suspiros, echado con bizarra audacia de un lado á otro, entre el cielo y el agua.

(Se concluirá)

BENJAMÍN

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA PATRIA

(Continuación)

Con sólo dos días de diferencia, y con ocasión bastante trivial, estalló la insurrección en Santander (26 de mayo), no obstante hallarse algunas tropas muy cerca de la población. Tal era el ánimo del patriota que un pequeño motivo bastó para que la multitud pidiera á grandes voces que se prendiera á los franceses. Algunos de éstos fueron presos á los gritos de ¡Viva Fernando VII! ¡Muera Napoleón!, y hasta el cónsul de aquella nación lo hubiera pasado mal á no ser por la honradez de los milicianos de Laredo, que no querían se dijera que la historia de nuestra patria estaba manchada con un afrentoso crimen. Ayuntamiento de Madrid

Al día siguiente se constituyó la Junta, nombrando presidente al obispo de la diócesis, D. Rafael Menéndez de Luearca, cuya conducta ha sido por algunos censurada.

Al fin dispúsose un alistamiento, que, entre los paisanos y milicianos de



4.—...recibiese los gordos proyectiles una pobre viejecita, que al punto resbaló...

Laredo, formaron un conjunto de 7,000 hombres, que, puestos bajo la dirección de D. Juan M. Velarde y de su hijo, se apostaron respectivamente en Reinosa y en el sitio denominado *el Escudo*.

*
* *

A más distancia de éstas, La Coruña, revuelto el populacho por la arrogancia de un oficial francés que había sido enviado, y excitados los ánimos por las noticias recibidas de Madrid y las reuniones de Bayona, se empezó á

tramar secretamente el levantamiento en unión con algunos oficiales, á lo cual contribuyeron en gran manera las noticias recibidas de Asturias y León.

Un incidente imprevisto vino á dar lugar á que el populacho se levantara antes del tiempo fijado. El día de San Fernando (30 de mayo) se faltó á la costumbre que había de izar el estandarte del santo monarca en los castillos y baluartes. Indignado el pueblo con tan gran descaro, y aprovechando los conjurados esta ocasión, enviaron á acaudillar la insurrección al orador popular, sillero de oficio, llamado Sinforiano López, el cual supo gobernar y dirigir de tal manera la insurrección que en breves instantes fué acometido por la multitud el palacio de la Capitanía General.

Era por entonces capitán general el napolitano Antonio Filangieri, hermano del autor de la *Ciencia de la legislación*, hombre de carácter afable, pero que por entonces tenía la desdichada suerte de no ser español. Salvóse Filangieri de la acometida escapándose por una puerta secreta é internándose en un convento. Más temerario y peor querido, el general Biedma se escapó con una buena pedrada que le infirió una gran herida; y Fabro, coronel de granaderos, que dió de plano con el sable á uno de los patriotas, le costó el ser apaleado por aquellos á quienes él trataba de dominar. El caudillo López, seguido de la muchedumbre, se apoderó de un parque donde existían unos 35,000 fusiles. Tratóse por la tarde de regularizar el movimiento y de constituir una Junta, á cuyo frente púsose el general D. Antonio Alcedo, que supo conducirse con bastante prudencia. La Junta estuvo muy acertada, y lo primero que hizo fué convocar á junta general, compuesta de un diputado por cada ciudad del antiguo reino de Galicia. Entre sus asociados merecen citarse á los obispos de Orense y Tuy, el primero notable por su gran energía, así como también á D. Andrés García, confesor de la difunta princesa de Asturias.

Esta Junta organizó rápidamente un ejército, que, con las tropas que regresaron de Oporto, sumaban 40,000 hombres, distinguiéndose entre los batallones el formado por estudiantes de aquella universidad. Los trabajos de la Junta fueron seguidos patrióticamente por todos, excepción hecha del ex ministro D. Pedro Acuña, el arzobispo de Santiago, Rafael Marqués, y algunos descontentos ó afrancesados, como el pueblo los llamaba.

Otro de los pasos de la Junta fué el de enviar comisionados á León y la Gran Bretaña. El gobierno de esta nación contestó enviando lo necesario para el levantamiento, y en calidad de diplomático á sir Carlos Stuart. ¡Lástima grande que esta magna empresa empezara á mancharse con algunos crímenes!

FELIPE DE ZABALA Y SUÁREZ

(Se continuará)



3.—;Corred, corred, hijos míos, á llevar á casa la buena noticia!



NUESTROS GRABADOS

PEINADO DEL TIEMPO DE MARÍA ANTONIETA

Una prueba más en demostración de la insensatez que, por punto general, preside á la promulgación de las modas. ¡Vaya unos peinados como se llevaban en la corte de Luis XVI! Y, sin embargo, la extravagancia llegó aún á mayores términos que en ese peinado.

MARCELINO

Érase una pobre viuda llamada Marta, que tenía un hijo de diez años llamado Marcelino, modelo de aplicación, de laboriosidad y de buenos sentimientos. Felices vivían en su pobreza madre é hijo, cuando un día recibió Marta un recado de un hermano suyo de nombre Bernardo, para

que fuese á asistirle en su enfermedad, con la esperanza de que no habría de pesarle su caritativa acción. Dudaba la madre en separarse de su hijo; pero tanto instó el párroco, grande amigo del paciente, que Marta no tuvo más remedio que acceder, acordándose entre ambos que Marcelino sería enviado, en el entretanto, á casa de otro hermano llamado Domingo, hombre casado y con numerosa familia, de posición bastante holgada. Así, Marta arregló, llorando, las ropitas del niño, é iba en el entretanto consolándole y dándole cristianos consejos.

Partieron, pues, madre é hijo, cada uno para su destino. El pobre niño llegó á casa de Domingo en medio de una tempestad de nieve y agua que parecía se hundía el mundo, y, aunque fué muy bien recibido por su primita Magdalena y por su tío, pronto comprendió que su presencia allí molestaba grandemente á los demás, y en especial á su tía.

Marcelino, tan modestito, tan laborioso, aceptó resignadamente la situación. Estudioso, quietecito, complacíase en prestar todo género de servicios y favores á sus primos, ya disculpándoles en sus travesuras, ya sacándoles las cuentas; y no se limitaba aún solamente á eso, sino que se guardaba parte del pan para dárselo á los chiquillos de una pobre lavandera á quienes encontraba á veces por el camino, llevando con frecuencia en brazos al pequeñín, hartito fatigado.

Sus primos, sin embargo, no podían sufrirle, quizás por contrastar tanto la bondad de Marcelino con la perversidad que les caracterizaba á ellos. Así, un día, habiéndose negado, al salir de la escuela, á tomar parte en la diversión de arrojarle bolas de nieve, le armaron una emboscada para lanzarle tantas pelotas de aquellas que le hicieran dar en el suelo con su cuerpo; pero quiso la fatalidad que, en vez de tocarle á él, recibiese los gordos proyectiles una pobre viejecita, que al punto resbaló y se cayó en tierra, acudiendo en seguida Marcelino en su socorro, con lo cual la anciana cobró mucho cariño á su amigo, invitándole á que se dejara ver de vez en cuando por su casa.

Sucedió en esto que el tío Domingo se encontró á faltar una carta, interesantísima á más no poder, y uno de los primos le echó las culpas al pobrecito hijo de Marta. ¡Qué desconsuelo el suyo! ¡Acusábanle de ser la ruina de la familia, y, sin embargo, bien sabía él que ninguna parte le cabía en aquella desgracia! Mas ¡oh dicha! la carta ha parecido: la carta servía de cartón de un ovillo de lana que la mujer de Domingo había enviado á la viejecita para que le hiciera medias. Y ¿quién había hilvanado la lana sobre la importantísima carta? Pues la misma mujer de Domingo, que no se acordaba ya de tal cosa.—¡Corred, corred, hijos míos, á llevar á casa la buena noticia!—les dijo la viejecita á Marcelino y á su prima. Y ya se comprenderá cuánta no debió de ser su alegría.

Por fin acabó aquella malandanza del niño. Un día vió con indecible júbilo presentarse su madre á recogerlo. Había terminado ya su cometido al lado de Bernardo. Este, que se anunció, dejó marchar á su hermana, y con

esq la buena Marta pudo dar carrera á su hijo, realizando así todas las aspiraciones de éste, que decididamente había nacido para hombre de estudio.



6.—...vió con indecible júbilo presentarse su madre...

EL NIDO

Vedle, miradle á ese miserable, que así debe llamársele y no *pastor cruel*. Mucha maldad implica en toda condición y circunstancia el robar nidos.

ENSEÑANZA MATERNA

Yo creo que es lo mejor, cuando la madre tiene vagar bastante para ocuparse en ello; pero, desgraciadamente, eso sucede pocas veces, y en tal caso no suele dignarse la madre *perder* el tiempo enseñando á sus hijos, cargo que confía á alguna linda institutriz.

Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS RUSOS

LOS DOS AMIGOS

EN una remota época vivían en cierto pueblo dos jóvenes que eran muy amigos, hasta el punto de considerarse como hermanos y haberse convenido los dos en serlo el uno para el otro. El que antes se casase debía convidar á su compañero á la boda, aunque ya hubiese muerto.

Un año después uno de los jóvenes enfermó y murió, y á los pocos meses su compañero, deseando casarse, comenzó á buscar novia, la cual encontró pronto. Un día que se paseaba con ella por el cementerio, la joven le recordó la promesa hecha á su amigo, y entonces el novio, deteniendo los caballos, contestó:

—Es verdad. Voy á visitar la tumba de mi compañero y le rogaré que asista á mi boda.

Así diciendo, dirigióse á la tumba y comenzó á gritar:

—Querido hermano: vengo para convidarte á mi boda.

De repente el sepulcro se abrió, incorporóse el muerto y contestó:

—Te doy gracias, hermano, por haber cumplido así tu palabra. Y, ya que se presenta la ocasión, entra en mi morada y beberemos algo bueno.

—Lo haría con mucho gusto,—repuso el otro,—pero la comitiva está esperándome.

—Eso no importa,—replicó el muerto.—No necesitamos mucho tiempo para apurar una copa.

El novio saltó en la tumba, el muerto le dió una copa de licor, y cuando la hubo bebido pasaron cien años.

—Bebe otra copa, amigo mío,—dijo el muerto.

El vivo bebió y pasaron doscientos años.

—Ahora, hermano mío, apura la tercera copa,—dijo el muerto,—y después ya puedes ir en nombre de Dios á celebrar tu boda.

El vivo bebió y pasaron trescientos años.

Entonces el muerto se despidió de su hermano y la tumba quedó cerrada.

El novio miró á su alrededor; pero, en vez de ver un cementerio, no encontró más que un páramo, sin caminos, ni gente, ni caballos: en todas partes crecían las altas yerbas.

Entonces corrió al pueblo; pero éste había dejado de ser lo que era: tenía casas muy diferentes, y todas las personas que encontraba eran extrañas para él. Sin explicarse tales cambios, corrió á casa del cura; mas ya no estaba el mismo de antes. Y como le refriese lo que le sucedía, el sacerdote buscó en los registros y díjole que habían transcurrido trescientos años desde la fecha de que el joven hacía mención, añadiendo que en aquella época un novio había ido al cementerio el día de su boda, y que como desapareciese, su novia se casó con otro después de esperar algún tiempo.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molins, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Piz y Valor: Ancha de San Bernardo, 38. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de A. Llanusa, de Madrid, plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA